



El Hombre Andino y la Cultura Popular

Juan José García

UMBRAL

HOY, cuando las grandes expectativas se orientan hacia la posibilidad de nuevos conflictos, esta vez nucleares, cuando la razón y la esperanza naufragan en los mares espaciales que van encontrando las sondas interplanetarias y cuando la conquista espacial constituye, para unos, la alborada de era cósmica, y para otros, el peligro de una confrontación final entre las potencias nucleares que están artillando a las estrellas con sus armas, y se aprestan a una nueva contienda cavando en el espacio trincheras nucleares; cuando todo esto sucede a nivel de universo, y cuando la técnica ha segado la voz de los humildes, y ha obnubiado la razón de muchos hombres, a quienes nos interesa el destino del hombre, se nos abre inquietudes respecto al hombre que con nosotros trabaja, que con nosotros participa de esta aventura humana. Y más concretamente del hombre cuyo destino está unido al nuestro, el hombre andino, y del ámbito en que él se desarrolla y nosotros también: el campo de la cultura popular.

Por ello hemos circunscrito los parámetros de nuestro trabajo, al hombre andino y a la cultura y el arte popular en esta sub-región americana.

Es por esto que un análisis de su realidad actual, y una prospección de su futuro resultan de especial interés si se quiere acentuar su presencia en este campo maravilloso de la cultura popular, y darle una mayor conciencia de sus responsabilidades sociales, políticas y humanas, especialmente en el marco del arte popular andino.

CAPITULO I

EL HOMBRE ANDINO

LA irrecusable identidad existente entre los grandes grupos humanos de América Latina, nos ha llevado a mirar, por sobre las contingencias geográficas, hacia el nuevo destino de esos grupos, que conforman el mundo andino.

En gran parte, las características vitales que hemos encontrado entre los hombres de la costa y la sierra ecuatorianas, se destacan claramente en las masas del Litoral peruano, ecuatoriano y colombiano especialmente y en la población campesina indígena de estos países y de Bolivia.



Insistir en ello resulta desobligante, ya que más que nuestra palabra está el documento irrefutable e humano y candente de la novelística iberoamericana. Y sólo hacemos referencia a "Huasteco" de Jorge Icaza, los hechos montubios de José de la Cuadra, en lo que respecta al Ecuador; a Ciro Alegría y su Mundo Ancho y Ajeno, en lo que concierne al Perú, y en cuanto significan una versión humana y mágica del hombre colombiano "La Vorágine" de José E. Rivera y los "100 años de Soledad" de García Márquez.

Esta simple enumeración nos releva de la tarea de subrayar la riqueza del hombre ecuatorial y andino en estos países, que se identifican más que en sus realidades históricas y geográficas en la realidad social de sus estructuras vitales, entre las que se destaca su cultura.

En el taller, en la universidad, en la calle, el nuevo hombre de América suturaba su presencia con su actitud distinta y clara.

Ha desaparecido los tradicionales límites de la sociedad tradicional, pre-ajada, epóica de las pasadas décadas. Su ámbito ya no es solamente el manglar y el páramo. Ahora está en el laboratorio, en la fábrica, en el aula. Y en su docencia hay una nueva actitud del hombre hacia su hermano. Un nuevo master en sociología, indígena otavaleño con "trenza" y poncho representó a nuestro país en uno de los últimos congresos de sociología indigenista.

Desde los suburbios de nuestra metrópolis salen matanes de estudiantes a las aulas universitarias. En un nuevo afuerzo por cumplir con su misión las universidades han tenido que abrir sus cauces para recibir este caudal de esfuerzos, mentes abiertas, ambiciosas justísimas.

Son nuestros indios, nuestros montubios, los mezizos del altiplano y del litoral los que señalan los nuevos rumbos a su patria. Pese a que aún se quiere prepoterios, su fuerza de autenticidad, su poderío humano van marcando nuevos hitos en las confrontaciones estudiantiles, políticas y sindicales.

Si se pretendiera registrar en una gráfica toda la angustia del indio y su miseria, a base de los índices estadísticos suministrados por diferentes fuentes de información, acaso una línea perpendicular al infinito sería la expresión más cabal.

En un breve análisis del "habitat" que rodea al indígena campesino de la sierra, podemos adelantar que su medio es un "mosaico ecológico determinado por la variación de la altura sobre el nivel del mar y la topografía montañosa", tal como anota el Programa de Acción de Inmediata" de la Misión Andina del Ecuador" de abril de 1972.

En torno a la choza, su huasipungo, unas cuantas aves, o... alguna cabeza de ganado, eso es todo lo que posee el indio.

Olvidaba: También, el frío aire serrano, el viento y la lluvia.

El resto de su "habitat" está permanentemente a nuestra vista, y cada vez que alzamos los ojos hacia la serranía podemos ver el paisaje que rodea al indio.

El húscro paraje del páramo sombrío no es el más adecuado para la formación de las nuevas células humanas que tienen que integrarse a una nueva nacionalidad, que todos las soñamos robusta, creadora y justa: la patria andina. Pero, la actual situación del indio determina el peligro de su desaparición definitiva, mediante la eliminación de sus auténticas virtualidades, que es lenguaje cultural de su raza milenaria.

El hombre cósmico, ecuatorial y andino, sin embargo, no podrá desaparecer y es así como en el páramo, en el manglar o en la mangrue costera, este hombre, montubio, pescador, o agricultor de peces y mieses lucha por sobrevivir.

EL PÁRAMO

AGUAS arriba por cualquier río costero, llegamos a la serranía. Como lo hicieron los montoneros de Alfaro. La suave línea del horizonte, se transforma en una zigzagueante, que corta sobre el cielo el alto perfil de las montañas. El paisaje es a veces, azul y diáfano, como en Imbabura. Paisaje con lágrimas de mar, que resbalan desde los volcanes las lagunas.



A veces, es el paisaje un cono de hielo, que recorta su triángulo perfecto, sobre el telón del cielo.

Más abajo el gris intenso del pajonal, y más abajo la policromía de los sembríos en sazón.

Es el Cotopaxi, que irrumpe de repente, tras un recodo del camino, en la monotonía del páramo, y enarbolaba su cúspide brillante, en un rincón del horizonte. O es el Chimborazo, donde toda la geografía de la Patria su sublimiza en el salto majestuoso de piedra y hielo que se lanza desde la tierra al cielo, en su audaz intento de abordaje al infinito.

Más allá del Gallorumi, entre los páramos del Chimborazo, sube el indio arriando su recua de mulas e ilusiones, y su bandada de notas tristes, aves que se han caído desde el cielo. ...sube y sube. ...donde te sobra lugar a su tristeza, por el "Camino del Llanto"

Los siglos de soledad, son más auténticos y conmovedores solos, cuando se habla del indio del altiplano y el páramo

EL TROPICO

TENEMOS que hacer una denuncia sobre la realidad que se esconde entre los manglares del Guayas y el Salado y en los páramos del Ande. Una denuncia sin reticencias, excusas ni compensaciones de una realidad cuyo testimonio es la vida de miles y miles de ecuatorianos.

Desde los más alejados ángulos del país llegan a Guayaquil y se refugian en un área pantanosa creada por los esteros y el río en torno a esta ciudad, miles de ecuatorianos, que abandonan el campo, las villas provinciales, en búsqueda de mejores oportunidades. Son hombres, mujeres y niños que aún aprietan dentro de sí una escondida esperanza. Muchos habrán vivido en su lugar natal en mejores condiciones que las que les depara el Suburbio. Pero, unos resignadamente, otros desesperados, soportan la inclemencia del Suburbio, en espera de un mejor jornal, de un mejor negocio, de una nueva oportunidad. Cuántos han triunfado? Cuántos han fracasado?. Por el momento sólo interesa identificar sociológicamente y psicológicamente al hombre que llega hasta el Suburbio.

Ese hombre que transformó su infinita capacidad de espera, en una fuerza dinámica, que ha conmovido la estructura del país, es el mismo que fecundó la tierra en la montaña, con el sudor y la sangre, el mismo que abrió anchos cauces hacia el mar; el que luchó contra el frío y el chaquiñán, el mismo que venció a la sed y a la sequía manabita; el que se cansó de transformar los eriales y el páramo sombrío en fuentes de producción.

La estampida humana, que durante los últimos años se ha producido hacia las ciudades agrava aún más estos problemas: pues, la urbe rechaza, absorbe y anónada a la marejada humana que sale del campo.

La condición humana, tremendamente débil, va perdiendo sus últimas defensas en ambientes tales como los del Suburbio, donde se ha acumulado el dolor, la miseria y el desamparo. Las defensas morales van cayendo una a una ante el asedio del hambre, de la pasión y del miedo. No solamente es la irresponsabilidad, la agresión, lo que se encuentra en las miradas sesgas, airadas, que de vez en cuando asaltan la conciencia del transeúnte.

El Suburbio es un nido de pasiones, rebeldías y revanchas.

Pero lo que interesa es el hombre, como activista social, como factor social, como complejo espiritual, como ente político

Allí, como en todas partes, los traumas psíquicos son más hondos y oscuros. La promiscuidad, la gran densidad poblacional, las presiones.

El pescador pone a secar redes en el muro del muelle y, al día siguiente, se devuelve al mar, donde espera encontrar nuevas redadas de bonita, liza, ...

Por entre la maraña del manglar anda también el cangrejero. Hunde de sus manos en el fango, tratando de evitar las afiladas tijeras de la alimaña, en una fiera lucha lo atrapa y forma una mano gorda de cangrejo, que ha de vender en la plaza.



El mundo escondido del manglar ampara al fugitivo, al contrabandista, el prófugo de su propia vida.

Allí, en el sub-fondo del suburbio, hay otra ciudad perdida, sin otra salida que el estero, ni otro refugio que la agresiva maleza del manglar

Los que han perdido un combate en la lucha por la vida, se retiran a la retaguardia de la ciudad, y toman nuevas fuerzas para el nuevo asalto.

Hay un sordo clamor en la herida del hombre, un fragor de su propia sangre, precursor del estallido, que ha de sacarle del cieno. Es el clamor de la justicia. Ese pregón de la verdad que camina solitario sin encontrar más eco que el silencio que cubre las sórdidas barriadas de las metrópolis modernas; eso que es la cortina de estera en los barrios miseria del Rímac; que es un cajón de madera en la "ranchería" caraqueña, que es la oscura protesta de la favela fluminense, que es la caña, el bambú y el lodo en el suburbio porteño; eso que es silencio y es grito, es algo más que una estridencia con que se pretende acallar su propia angustia. Hemos recogido ese grito en esta denuncia. El dolor es más íntimo y lacerante cuando se lo siente en la carne virgen de la propia tierra, en la carne dura de nuestro dolor y nuestro montubio, porque es la auténtica carne de la patria.

Sin intención de recorrer "la geografía del hambre" cuyos hitos trágicos se llevan las aguas del Mapocho, Rímac, o las bocas del Plata, oscuros desagüeros de la angustia suburbana, hemos querido pensar en el hombre tropical y andino que nos es común a todos.

Al diagramar el perfil del hombre de esta tierra tenemos que adelantar el alegato en su defensa, y en su derecho a vivir, con techo y pan; con todas sus virtualidades indolatinas, ecuatoriales, cristianas. Tenemos que hacer una denuncia sobre la realidad que esconde entre los manglares del Guayas y el Salado. Una denuncia sin reticencias, excusas ni compensaciones de una realidad cuyo testimonio es la vida.

LA HORA DEL HOMBRE

ESTA es la hora del hombre. Y este es su paisaje. Paisaje que buile en el sudor y la sombra de ese hombre tropical. Porque no hay que olvidar como gravita la comba vital, —el habitat— que nos succiona el pensamiento para elaborar, en el alquimia milagrosa del trópico, la nueva expresión del nuevo hombre.

La fuerza ciega de nuestra generación, en el ámbito inmensurable de su paisaje va desbordando su promesa de ser. Está a punto de llegar a ser algo más que una promesa. Como lo quisiera el sociólogo venezolano Vellencia Linz, "somos aquello que estamos en trance de ser".

El claro perfil del hombre de esta tierra se proyecta, como un signo de redención sobre el horizonte. Al contraluz del tiempo y del trópico, estamos intuyendo una nueva verdad. Y una nueva justicia.

La áspera geografía andina, madre de nuestro cholo, ha formado una raza, que ha tenido que extraer, con dolor, la savia escondida en lo oscuro de su entraña.

El chagra, el hombre rural del altiplano, con un destino adverso, que le colocó entre las cuchillas andinas, sin caminos, sin ríos ha abierto, a golpe de músculo, hondos tajos en la trepidante geografía. Ha abierto anchos cauces hacia el mar, y por ellos se ha desbordado. . .

El montubio, entre la selva y el mar, cultiva los surcos de gleba y de espuma; el habita en sus dos patrias, la tierra y el mar.

Por éste escapa su nostalgia y ancla en tierra su color. Zarpa por el camino que la luna le traza, a la noche, en el mar. Y en él se queda, huésped de infinito y de la soledad.

La marimba de Quinindé despierta a la selva emboscada entre los árboles, y se levanta el dum-dum de los tambores, la sangre ardiente del montubio

En la oquedad del rondador, estallan las lágrimas sonoras. El amorfino entrelaza las parejas, en un haz de pasiones. En el estero ha plantado su tienda de pambil, y el montubio tiene su "huasipungo" de agua y cielo, que va a disputárselo a la naturaleza y el patrón



La misma raza llora y ríe en los acentos de la que-
na, y en el rasgueo llorado de la guitarra.

Un ala roja flota sobre el pajonal. es el poncho del
indio, la última bandera de rebeldía.

Una vela pone el hito de esperanza en el camino
del río

Entre la bruma del pajonal, y por sobre la niebla
del río, los hombres ecuatorianos, de la Costa y del Al-
tiplano van encontrando su propio rostro, su auténtica
dimensión espiritual. Comienza a hacerse en ellos, car-
ne de su carne, el SALVE de la Patria. Y principia, ya
a sentirse el hálito de aquellas gentes, el sabor de esta
palabra. Ecuador.

Sobre el telón del mar y de la cordillera se recorta
el obscuro perfil de su figura: Este es el hombre.

Luz que canta desde los luceros. Palabra que ilu-
mina desde la soledad. . .

Ella es ritmo, color, sabor auténtico, grito rojo de
poncho, alegría turbulenta de la jora.

Allí está la canción de la esperanza, que canta el
indio de Otavalo, el negro de Cuajara y el Chota, el
blanco del Altiplano.

Canción cromatizada por las nubes. . . por el ver-
de tamiz del paisaje. . . por el surno fugaz del río, por el
reflejo de las lagunas. . . el breve vuelo de una ave, la lí-
nea perfecta del horizonte. . .

El Ande ata las arterias orográficas de la Patria,
con lazos de nube y silencio y transforma el caudal de
gleba, en soledad y abismo. . .

Y nuevamente. . . sumergido en el paisaje, el rostro
obscuro del indio.

Arriba, el pajonal y más arriba la corona helada de
los picos andinos.

Abajo el valle, serpenteado de ríos.

Alguien ata su esperanza a su casa de pambil y
chonta. Alguien vende la fruta y regala sonrisas.

En la cabeza erguida de una mujer morena descan-
sa una botella de ron, anís y caña, mientras fatiga, dan-
zas y requiebros al borde de la orilla.

Aquí y allá la tierra obscura se hace nieve en la al-
tura, bisura en el río, músculo en el hombre, promesa
verde en el campo y piel en la tez morena de la gente.

Hay algo más que la cromática en el encanto del
paisaje. Hay música. Hay altura. Hay paz y silencio.

Un frase que puede pulsarse el horizonte: así es de
limpia y tense la cuerda que circunda el paisaje y que
podrían cincelarse en la sombra de una figura, a golpes
de luz y de canto: así es de claro el cielo y suave el
viento

CAPITULO II

ANTES de abordar directamente el tema, seáme
permitido explicar la razón de la insistencia en tratar
sobre el elemento humano, dentro de su propio "ha-
bitat" que es a lo que me he referido en los capítulos
anteriores; y la razón no es otra que el hecho de que
el hombre en su universalidad y en su individualidad
es lo que interesa, ya que es el sujeto de la problemá-
tica cultural latinoamericana y el tema de la antropo-
logía cultural andina.

Y ahora, entramos a tratar lo relacionado con la
cultura y el arte popular. Nos remitiremos a la defini-
ción de Weber sobre lo que para él es cultura popular



Weber dice: "El hombre vive suspenso en una red de significaciones que él mismo ha creado. Tal red es lo que denominaremos cultura. Un aspecto importante de esta definición de cultura es el reconocimiento de que es imposible concebir la cultura si no es en estrecha relación con las otras dimensiones de la vida." "La cultura no es una manifestación auto-suficiente, no se explica por sí misma, sino en el contexto de la producción histórica y socialmente determinada. Pero tampoco es un reflejo de la vida social: posee un grado de autonomía tal, que es, a la vez, producto de una práctica orientadora y normativizadora e interpretadora de ella. Esto nos lleva a pensar la cultura en vinculación con los grupos y clases sociales que componen una sociedad, siendo una relación simultánea de expresión y conformación de la posición social de estos grupos y clases". Esta cita ha sido tomada de la ponencia presentada en la reunión de ORELAC, en Bogotá, en el mes de diciembre de 1963 por P. Goldschmeid y C. Piña, que la hemos transcrito por creer de interés especial para el análisis de este tema.

De allí que la cultura popular, la cultura del pueblo, entendida como un conjunto de todas las expresiones existentes que se agitan en ella, permite advertir algunas de las características:

Rajol Leis, en su trabajo intróduciendo "La selva de los zombis", explica que "la cultura popular es una cultura inorgánica, múltiple, diversa, yuxtapuesta y parcializada de una gran dispersión derivada del carácter subalterno de los sectores populares, donde se adoptan concepciones que no corresponden a los intereses reales de esos sectores".

Es una cultura asistemática, pues su sistematicidad debería suponer la expresión de la hegemonía social que conduciría a la formación de una auténtica cultura popular nacional, mientras que por el contrario la hegemonía de la sociedad se concentra en las clases que practica el herodianismo y la sujeción integral al imperio.

Las ideas dominantes son de las clases dominantes y el dominio hegemónico del conjunto social, mantiene "como el sartén por el mango" el predominio de la lógica de la dominación sobre la cultura del pueblo".

Si bien podríamos abundar en esta clase de reflexiones, solo pretendemos, que, al margen de cualquier pretensión académica, este trabajo sea más bien un mensaje al hombre marginado del Ande, campesino, o habitante suburbano, subempleado o desempleado. Un mensaje de esperanza para el hombre que ha tenido que refugiarse en el arte popular, la artesanía, no sólo como medio de subsistencia, sino también como si fuera un aliado para su espíritu. Es así como los campesinos imbabureños, en sus horas libres al margen de la jornada del campo, tejen, tallan, esculpen, trabajan

orfanitos, al igual que los cambesinos de Cajamarca, Ecuator, o Corpa, Bolivia. Y es así como en Iquandó, los artesanos "colombianos" se dedican al bello artesanía maravillosa que muy pocos conocen, misteriosa alquímica que transforma la materia en un elemento fascinante.

Es el hombre del Ande, el que está creando con su artesanía, al margen de la tragedia metropolitana o del campo, un huasipungo propio, donde apacentar sus sueños y esperanzas.

Si nos aventuramos al trópico, encontramos al moreno habitante de la manigua costera del Ecuador, Colombia, Perú o Panamá dedicado a la cestería, a la producción de instrumentos musicales, elementales aún pero auténticamente suyos, o dedicados a las muertertes, ó artesanías, que se necesitan para vivir. Y aún a aquellas que no constituyen base de subsistencia material, si no espiritual. Y es así como surge la danza, la marimba, el poeta repentista, el decimeró, los arrullos (cantos religiosos colectivos) y mil manifestaciones del arte popular.

Para que el mensaje que pretendemos hacer llegar llegue en verdad, al hombre marginado, que es potencial artesano, al futuro artista popular latinoamericano hemos querido adentrarnos un tanto en la psicología de ese hombre, para lo cual nos vamos a apoyar en una serie de interesantes conclusiones y apreciaciones hechas por un grupo de científicos ecuatorianos respecto al problema social del arte y la artesanía, y tratemos de identificar a ese hombre, su praxis, su futuro y parte de la gran problemática que representa el artista popular.

¿Quién es?

¿Qué hace?

¿Cuál es el futuro del artista popular?



Invirtiéndolo el orden de las preguntas, vamos a contestar la última de éstas, basándonos en una cita del sicólogo ecuatoriano Jaime Muñoz Estrella, en la que se trata de dar un cuadro de lo que será el mundo del futuro: "El artista, el cantor, el escritor, el escultor y el danzante transcurrirán en un mundo sin prostitutas, proxenetas, ni garitos ni mendigos, capataces, amos y esclavos" y en este paraíso que nos pintó Muñoz Estrella, el artista podrá. ... "a diferencia de nuestros pioneros históricos, hacer su tarea sin sobresaltos por los temores de la tormenta y los relámpagos, porque habrá retornado a los inicios pero en posesión de todo el material que el quehacer del "homo faber" y el "homo sapiens" acumularon a través de los milenios. El hombre del futuro, el "homo potens" hará realidad la utopía de Gorki de que la estética será la ética del futuro y quizá todos los hombres creadores del arte aunque se destruya nuestra hipótesis primera sobre la supuesta tipología de los artistas"

No podíamos sustraernos a la cita de estas ideas, porque conlleva la descripción del destino del hombre y la perspectiva futurista del hombre-artista. Pero, de todas maneras, ese futuro no estará eximido de la angustia que toda creación artística significa. Y como dice, Muñoz, "Más, si la vida del artista del futuro no está creada por las exigencias primarias insatisfechas tal creación dejará de ser febril, en el sentido textual del vocablo, de fiebre, síntoma de enfermedad. Aquellos y ésta procuran normalmente felicidad inefable" Este es el punto de vista del científico. Pero nosotros podríamos ir un poco más allá afirmando que toda creación es una especie de alucinación, porque para crear hay que salir un tanto de la realidad. La creación, el acto supremo de Dios, al que nos asimilamos precisamente en cuanto creamos algo, es decir en cuanto dejamos de ser hombres, afirmando desde luego nuestra humanidad y nuestra relación con Dios, mediante este acto creacional. Es, pues, algo más que una enfermedad, desde un simple punto de vista científico, la creación artística, y en realidad cada artista es un caso patológico, aún fuera del momento en que ese artista crea. Este es el caso del hombre que dá el salto hacia afuera: es decir de quien desborda los límites de la simple imitación, de la copia rutinaria sin aporte creativo, de la acción reiterativa de hacer los mismos trazos, los mismos versos, los mismos pasos, etc. De allí la importancia de que el artista popular, el artesano abandone los moldes estereotipados, las viejas técnicas y temáticas que tienden a la imitación, y al empantanarse en superadas modalidades de trabajo. El paso de todo artista es el salto creativo. También el artista popular tiene que darlo"

Pero lo que interesa es el destino del artista popular. De allí que se necesitaría una investigación hacia el futuro, un sondeo en el porvenir, para lo cual las proyecciones matemáticas, las computarizaciones, apenas servirían para establecer un diagnóstico aproximado de lo que podría ser la situación futura del artista.

De acuerdo a los patrones o tendencias actuales puede establecerse que en el futuro el arte será popular, sin que se haya eliminado el arte elitista, que poco a poco habrá ido acercándose al pueblo, con su mensaje y su alcance a nivel popular.

Entonces el arte estará al alcance del pueblo tanto para su interpretación como medio de expresión, y no es que todo el mundo podrá crear artísticamente hablando, sino que el arte será más próximo al individuo como tal.





Paint